

Informe en el IV Congreso Panruso de la Liga de las Juventudes Comunistas de Rusia

**León Trotsky
21 de septiembre de 1921**

(Versión al castellano de Vicent Blat desde “Speech. At the Fourth All-Russia Congress of the Russian Young Communist League, September 21, 1921”, en León Trotsky, *Materials and Documents on the History of the Red Army, The Military Writings and Speeches of Leon Trotsky How the Revolution Armed, Volume V: The Years 1921-23*, en formato pdf sin numeración; también para las notas. [Trotsky Internet Archive](#) (descargado el 1 de abril de 2024). 21 de septiembre de 1921. *Pokoleniye Oktyabrya (La generación de octubre)*)

Camaradas, al saludaros en nombre del Comité Central del Partido Comunista Ruso (bolchevique), por el aspecto de vuestro concurrido congreso, y por el espíritu que aquí reina, estoy convencido de que la fuente de refuerzos para las filas comunistas es inagotable. Uno de los miembros del comité central me ha recordado aquí que, hace dos años, intervine por casualidad en el segundo congreso de vuestra Liga. Fue en el momento de los encarnizados combates en el frente sur, cuando Denikin había tomado Orel y se acercaba a Tula. Su Liga llevó a cabo entonces una amplia movilización. Centenares de sus miembros partieron hacia los frentes, y muchos de ellos murieron; pero nuestro partido tiene la suerte de poseer una fuente inagotable de nuevo vigor, de fuerza revolucionaria y de profundo entusiasmo: la juventud trabajadora. A esta juventud trabajadora, fuente inagotable de esfuerzos creadores, saludo en nombre del comité central de nuestro partido. Permitidme, al mismo tiempo, que os salude brevemente, también, en nombre del Ejército Rojo, en cuyas filas han combatido y combatirán decenas de miles de obreros y campesinos que han pasado por la escuela de vuestra Liga.

Permitidme ahora pasar de inmediato a las tareas fundamentales del informe que se me ha encomendado: un informe sobre nuestra situación interna e internacional.

Describimos nuestra situación interna como de transición de un período de guerra a un período de construcción pacífica. Cuando hablábamos y escribíamos así, imaginábamos que nuestras tareas militares habían terminado, pero esto, por desgracia, no es así. Precisamente ahora, en el momento de vuestro congreso (hablaré en detalle de ello en la segunda parte de mi informe), volvemos a experimentar inquietudes respecto a nuestra situación internacional, en lo que se refiere a nuestras fronteras del oeste. Pero es cierto que, antes, la lucha por la existencia de la república soviética llenaba plenamente nuestras vidas. Sólo ahora hemos entrado en un período de construcción económica pacífica. Al mismo tiempo, hemos empezado a utilizar los métodos del libre comercio, la cooperación, el intercambio de mercancías, las relaciones basadas en el beneficio, en resumen, a dejar cierto margen a las formas económicas capitalistas.

A una cuestión de enorme importancia teórica, la cuestión de cómo y por qué, al principio, llevamos a cabo la expropiación general (la concentración en manos del estado de todos los medios de producción excepto los que pertenecían a los campesinos), pero luego empezamos a “liberar” una parte considerable de ellos: responder a esa pregunta, como algunos hacen a menudo, refiriéndose a la necesidad de pasar a una época de construcción pacífica, significa hablar en términos demasiado generales. Recurrimos a nuestra teoría marxista y nos preguntamos qué nos ha enseñado sobre cómo debemos abordar la tarea de la construcción socialista una vez que la clase obrera ha tomado el

poder en sus manos. Sobre este punto el marxismo dijo lo siguiente: la transición al socialismo es un asunto inmensamente grave y difícil. La clase obrera, después de tomar el poder, procederá gradualmente por este camino: primero expropiará a los grandes capitalistas, apoderándose de los medios de producción más importantes, y después se ocupará gradualmente de la industria mediana. A medida que la clase obrera se organice, pasará a expropiar los medios de producción medianos. En cuanto a los medios de producción pequeños, demostrará en la práctica, mediante la experiencia, a los pequeños productores-propietarios, las ventajas de la economía estatal a gran escala. Por consiguiente, en lo que concierne a la gran burguesía, la forma de apoderarse de los medios de producción debe ser la coerción directa, la expropiación por la fuerza armada. En cuanto a la mediana burguesía, será en parte lo mismo, en la medida en que se atreva a resistir. En cuanto a la pequeña burguesía, con ella se tratará de presión mental más que económica y, sobre todo, de influencia pedagógica en materia económica, de influencia mediante el ejemplo: “Ahí tiene, véalo usted mismo, en la economía socialista obtenemos una mayor cantidad de productos con un menor gasto de trabajo que usted, pequeño propietario”.

¿Seguimos ese camino? No; emprendimos directamente la expropiación de los propietarios. Expropiamos indiscriminadamente a la burguesía, tanto a la gran burguesía como a la media y a la pequeña. ¿Significa esto que nos apartamos del marxismo? ¿Significa que violamos nuestros propios fundamentos teóricos?

Eso podría decirse si el marxismo fuera un evangelio, unas sagradas escrituras para todos los tiempos y todas las naciones. En realidad, el marxismo es un cierto método de orientación en medio de las condiciones circundantes, un instrumento mental por medio del cual decidimos las tareas de un momento dado en un país dado.

Desde el punto de vista de la organización socialista de la producción habría sido ciertamente más ventajoso proceder sistemáticamente, llevando a cabo la expropiación de la burguesía de manera sistemática: de los grandes burgueses a los burgueses medios, y luego a los pequeño-burgueses, por el camino que he indicado. Si la clase obrera hubiera estado en el poder en Alemania, y hubiéramos tenido una garantía fiable en occidente de que no nos interferirían, podríamos haber tratado con la pequeña burguesía, y quizás también con la burguesía media, paciente y pedagógicamente. Habiendo tomado el control de la gran industria y creado una base, podríamos haber unido a ella las medianas empresas y, más tarde, también las pequeñas. Podríamos haber procedido paso a paso.

Pero lo que hubiera sido conveniente para nosotros desde el punto de vista económico resultó ser fatal desde el punto de vista de nuestra autopreservación política. Nuestra burguesía (no sólo la gran burguesía, sino también la burguesía media, y en gran medida también la pequeña burguesía, que estaba subordinada a la burguesía media y a la gran burguesía) no era, económica y financieramente, más que una agencia de la burguesía europea y mundial. Tanto más fácilmente se habría convertido en una agencia política de la contrarrevolución mundial. En Alemania, por desgracia, no era el proletariado el que estaba en el poder, sino la burguesía. Y si, por consideraciones de conveniencia económica, de gradualismo, de construcción económica sistemática, hubiéramos dejado a los burgueses medios y pequeños en pie sobre su base económica, hundiéndolos sus raíces en la propiedad, imperturbables, esta agencia del capital mundial, hostil a nosotros, habría resultado un obstáculo en nuestro camino. Teníamos, ante todo, que asegurar la inviolabilidad, la estabilidad del estado proletario.

Por consiguiente, en este caso, la necesidad política del poder proletario de preservarse entraba en conflicto con las necesidades de la construcción económica. Indudablemente había aquí una contradicción. ¿Cómo la resolvimos? Dijimos: ¡ante todo y a cualquier precio debemos consolidar el poder estatal de la clase obrera! ¿Cómo?

Teníamos un enemigo: el capital. Teníamos que aplastar al enemigo interior, en la retaguardia de la clase obrera. ¿Cómo? Privando a la burguesía de sus raíces económicas, arrebatándole su propiedad mediante la expropiación. Tuvimos que expropiar a la burguesía media no porque estuviéramos en condiciones de organizar la producción a gran escala a partir de sus empresas, sino porque teníamos que matar a un enemigo político de clase. En cuanto a las empresas, dijimos: intentemos, en la medida de nuestras fuerzas y posibilidades, organizarlas de manera socialista. Tuvimos muy poco éxito en ese sentido, por supuesto. Nos vimos obligados, por la fuerza de esas mismas leyes de la lucha revolucionaria por la autoconservación del estado obrero, no sólo a estrangular a la burguesía en el interior del país, sino también a combatirla con armas en los frentes de lucha. En este sentido, podemos decir que nuestra política económica fue dictada, en el primer período, no tanto por consideraciones de conveniencia económica como por la necesidad de autoconservación de la clase revolucionaria. Y sólo después de haber defendido al estado obrero, sólo después de haberlo consolidado, como un hecho con el que hay que contar, que hay que soportar, aunque uno lo odie, pudimos abordar las tareas de la construcción económica en el sentido propio.

A partir de entonces comenzó la separación de las fuerzas y recursos productivos en dos grandes grupos. El estado dijo: “Ahora me ocuparé de esto (de los principales medios de transporte y de producción: el estado, apoyándose en la vanguardia de la clase obrera, puede organizar esto según los principios socialistas), pero el resto, en la situación dada, sólo será una carga para mí. En lo que a ellos se refiere, debemos contar con la iniciativa de los propietarios privados, debemos atraer al empresario privado, con su interés en obtener beneficios”.

Es evidente que tal decisión es, en cierto sentido, un paso atrás. Si la clase obrera hubiera llegado al poder en Alemania el año pasado, no habríamos necesitado dar este paso. Habríamos recibido del estado obrero alemán una ayuda muy grande en las esferas de la técnica, la producción y la administración, y, apoyándonos en la ciencia y la técnica alemanas, que habrían pasado a ser propiedad de la clase obrera, habríamos hecho frente más fácilmente a nuestro atraso, a las formas y prácticas económicas pequeñoburguesas. No habríamos necesitado hacer las concesiones a la pequeña burguesía y a las formas económicas capitalistas en general que ahora nos hemos visto obligados a hacer.

Así pues, nuestra política económica no es una invención arbitraria del Consejo de Comisarios del Pueblo y del comité central de nuestro partido. Nuestra política económica es la dura e inevitable conclusión extraída de la situación dentro y fuera de nuestro país. Nuestras concesiones a las formas capitalistas de economía son producto de nuestro atraso interno, por una parte, y del retraso de la revolución de la clase obrera en Europa, por otra. Aquellos de vosotros que lleváis dos o tres años trabajando en la Liga de las Juventudes Comunistas de Rusia, que despertasteis a la vida política hace dos o tres años (o, incluso más, cuatro años), recordaréis que hace dos o tres años esperábamos con impaciencia revoluciones proletarias en Alemania y Francia. La república soviética en Hungría nos parecía el comienzo de la revolución social en toda Europa. En ese asunto experimentamos una cierta decepción en cuanto al tempo, a la velocidad de desarrollo, de la revolución proletaria. La república soviética fue suprimida en Hungría, y en Baviera resultó ser efímera¹. La burguesía se mantuvo firme después de la guerra.

Este es uno de los hechos básicos de la situación internacional. La economía capitalista fue destrozada por la guerra hasta lo más profundo. Sus bases estaban agotadas. Europa y Norteamérica atraviesan una crisis sin precedentes, y todo ello es resultado de la guerra, que a su vez fue resultado de la plétora capitalista. Pero, en la actualidad, a

¹ La República Soviética Húngara se formó el 21 de marzo de 1919 y sobrevivió hasta el 2 de agosto de 1919. La República Soviética de Baviera duró del 7 de abril al 1 de mayo de 1919.

pesar de que el suelo bajo los pies de la burguesía ha sido socavado, de que la burguesía es incapaz de llevar adelante el desarrollo económico de Europa y del mundo entero, hecho expresado en la guerra y en la crisis destructiva sin precedentes que la burguesía está experimentando: a pesar de todo eso, la burguesía se recuperó después de la guerra. Y la clase revolucionaria y sus organizaciones deben reconocerlo clara y definitivamente. Cuando decimos que la burguesía se ha sobrevivido a sí misma, es decir, que ya no puede desempeñar el papel que desempeñó anteriormente (cuando promovió el progreso de la ciencia, de toda la maquinaria del estado y de la cultura), cuando decimos que, en este sentido, la burguesía ha terminado su carrera histórica, esto no significa que vaya a caer como cae de la rama una hoja mustia y amarilla en otoño. La burguesía se ha convertido ahora en una fuerza reaccionaria que obstaculiza el progreso de la humanidad. Pero, al mismo tiempo, es una clase viva que no quiere morir, que lucha por su existencia, una clase en la que está vivo el instinto de conservación, sobre todo en el momento en que bajo sus pies tiemblan los cimientos. La burguesía europea, mucho más experimentada y sabia por la vida, y habiendo aprendido más de su pasado que nuestra burguesía, concentró, en el momento de peligro, toda su experiencia, conocimiento, habilidad y capacidad de engañar, con el fin de aplastar, de sofocar: y logró mantenerse firme. Y esto significa que, aunque la historia ha preparado su caída, sólo caerá realmente cuando la clase obrera, organizada y consciente, sea capaz de agarrarla por el cuello, derrocarla y estrangularla.

Esta es la tarea a la que se enfrenta la clase obrera de Europa occidental. Allí, la revolución proletaria ha madurado económicamente en un grado incomparablemente mayor que aquí en la época de la revolución de octubre de 1917. Así, es como si la historia convocara a la clase obrera: “¡Toma el poder, ha llegado el momento; de lo contrario, ¡la burguesía te llevará a la ruina con nuevas guerras y crisis espantosas!”. Pero, allí, la burguesía, gracias a su mayor riqueza económica, experiencia política y cultura, constituye una formidable fuerza militar y política. Para derrocarla, la clase obrera necesitará mucha más habilidad estratégica y experiencia, experiencia que, como sabemos, adquirirá a través de la lucha. Por el momento tiene poca de esta experiencia. Necesita mucho más de la que necesitó la clase obrera rusa, enfrentada como estaba a una burguesía muy atrasada e inviable.

Todo ello nos ha obligado a dar varios pasos atrás en la esfera económica. Pero también lo exige nuestra situación internacional. ¿Se ha fortalecido nuestra situación internacional en este período, o no? Sin duda se ha fortalecido. Por supuesto, sería aún más fuerte si la revolución hubiera tenido lugar en Europa. Pero, incluso teniendo en cuenta el hecho de que la burguesía europea se ha mantenido firme desde la guerra, debemos señalar que el sector más poderoso de la burguesía europea, el capital británico, ha pasado de la política de intervención armada a la de un acuerdo comercial y relaciones comerciales con nosotros. Al mismo tiempo, sin embargo, todavía no han desaparecido en Europa los grupos intervencionistas armados que siguen considerando que la única manera de liquidar un peligro mortal para la burguesía es la destrucción militar de la Rusia soviética. El centro de este intervencionismo se encuentra en Francia, donde la bolsa tiene una gran cantidad de bonos de deuda rusos de los que hemos declarado que no nos responsabilizamos.

Nuestra situación internacional e interna se ha centrado y definido por ese trágico hecho que ahora es el centro de la atención del país: la hambruna en la región del Volga. Tan pronto como se hizo evidente la magnitud de esta enorme calamidad (una calamidad que, aunque causada por diversos fenómenos elementales, era, en última instancia, una expresión de nuestro atraso económico y nuestra impotencia), la cuestión de Rusia pasó a ser objeto de examen a escala mundial.

¿Cuáles tuvieron que ser los primeros, directos e inevitables, resultados de la hambruna? ¿Qué significa la hambruna? Por descontado que la hambruna podría haber provocado la caída y la ruina de la república soviética. Pero nosotros la vemos como ese fenómeno agudamente doloroso que se desencadena las más de las veces cuando, después de sufrir toda una sucesión de enfermedades, un organismo agotado, que ha caído en un estado de caquexia, presenta un cuadro de úlceras, abscesos y otras dolencias agudas, pero más superficiales. Cuando, dentro de algunos años, volvamos la vista a nuestra hambruna del Volga con perspectiva histórica, diremos que, cuando nuestro país empezaba a recuperarse, el pasado se ensañó con él en forma de una espantosa hambruna elemental en la región del Volga.

La burguesía europea empezó enseguida a sopesar las cosas, de un lado y de otro, para determinar la línea que debía seguir. Gran Bretaña se preguntaba si había cometido un error al entablar relaciones económicas con nosotros, en un momento en que, tal vez, la hambruna ponía al descubierto nuestra bancarrota y nuestro colapso inminente. Entre la burguesía francesa, los elementos que se habían hartado de esperar la caída del poder soviético, prometida desde hacía tiempo, ganaron ahora preponderancia y empezaron a insistir más obstinadamente en la inevitabilidad de nuestro hundimiento y en la necesidad de ayudar a este hundimiento mediante una intervención armada. Finalmente, la opinión pública de la burguesía europea se dividió en dos grupos básicos. No quiero hablar de los sentimientos del proletariado occidental y de su apremiante deseo de ayudarnos (el proletariado de Europa y América ha mostrado su simpatía, en la medida de sus fuerzas, mediante la recaudación de dinero, la agitación, etc.), porque, desde el punto de vista de la situación internacional, es la política de la burguesía dominante la que tiene una importancia inmediata por el momento. Así, la orientación de la burguesía ha seguido dos líneas. Por un lado, la burguesía (la de Gran Bretaña, por ejemplo, representada por Lloyd George) se dio cuenta de lo que había ocurrido y se dijo: “No, este régimen es más fuerte de lo que pensábamos. Si puede sobrevivir a un desastre tan espantoso como la hambruna que azota a decenas de millones de seres humanos en aquel país debilitado y exhausto; si el aparato estatal no se ha descosido por todas las costuras; si el poder soviético no ha perdido la cabeza, sino que concentra su atención en las tareas más vitales de sembrar los campos de la región del Volga; si consiguió en los primeros días recoger millones de poods de semillas para salvar la economía de los campesinos del Volga para el año siguiente: entonces este régimen debe tener raíces firmes.” La burguesía británica es, por supuesto, hostil a nosotros, pero es más perspicaz que otras, y se dijo que no hay en la Rusia soviética ninguna otra fuerza aparte del partido comunista, la clase obrera organizada en un estado, que sea capaz de mantener la ley y el orden y asumir las funciones de gobierno.

En Francia, por el contrario, los elementos de la burguesía que empezaban a ceder, por así decirlo, a rendirse ante la necesidad de entablar relaciones económicas con Rusia, se animaron en el mismo momento en que se hicieron patentes todas las dimensiones del desastre. Mientras unos se convencen de que no se nos puede derrocar, de que es necesario entablar relaciones económicas con nosotros, otros dicen: “Si no derrocamos al poder soviético en Rusia ahora, cuando está siendo minado desde dentro por el terrible golpe de la hambruna, nunca conseguiremos derrocarlo”.

“Ahora o nunca” es la consigna de los intervencionistas extremistas de Francia y otros países. Los emigrados rusos les animan en esta actitud. Porque no hay que olvidar que cientos de miles de terratenientes, capitalistas y banqueros vegetan en el extranjero, gente que lo ha perdido todo, que quiere recuperar, si no todo, al menos algo, y cuyos pensamientos están totalmente dirigidos a la destrucción militar de la Rusia soviética. Una parte de la burguesía mundial se dijo a sí misma que estos emigrados ya han puesto

de manifiesto su bancarrota, el carácter fantasioso, falso, poco fiable y estúpido de su pensamiento. Pero la otra parte de la burguesía europea decía que había llegado el último momento para que estos emigrados tomaran el poder en Rusia. Estamos observando cómo fluctúan estos dos platillos de la balanza. Nunca se ha planteado la cuestión con tanta agudeza como ahora. Cuál de las agrupaciones triunfará, si tendremos asegurada una existencia económica pacífica o nos veremos sometidos mañana a una intervención armada, ésa es la cuestión que se balancea en el peso.

Cuando hablo de intervención armada, dejo fuera de la discusión a toda la clase obrera. Afortunadamente para nosotros, sin embargo, existe. Este hecho se planteó ante nosotros en el último, el III Congreso Mundial de la Internacional Comunista, que tuvo lugar en Moscú². En este III Congreso de la Internacional Comunista, todos nosotros, como marxistas dignos del nombre, es decir, realistas revolucionarios, llamados a mirar la realidad a los ojos, reconocimos que la burguesía se mantiene firme sobre sus pies y que se requiere más esfuerzo y habilidad para derrocarla. Lo dijimos en el II [sic]³ Congreso Mundial. En ese congreso rendimos testimonio del hecho de que el desarrollo revolucionario de la clase obrera alemana estaba dando pasos de gigante, y que, mientras que la clase obrera de Alemania, Francia y Gran Bretaña todavía no había extendido sus brazos para tomar el poder estatal, mientras que sólo se estaba preparando para hacerlo, al mismo tiempo, la clase obrera europea ya estaba impidiendo que la burguesía europea alargase sus manos para agarrarnos por el cuello y estrangularnos. Si en el seno de la propia burguesía fluctúan los dos platillos de la balanza: los vínculos económicos, o la intervención (la ayuda filantrópica de la que habla a menudo la burguesía no es, por supuesto, pura filantropía, sino simplemente un pequeño anticipo invertido en suelo ruso para obtener posteriormente grandes beneficios de ello); si, digo, hay vacilaciones en el seno de la propia burguesía, estas vacilaciones reflejan la lucha entre la burguesía y el proletariado mundial, que es la principal garantía de nuestra inviolabilidad.

Esta es la situación mundial a la que nos enfrentamos hoy. La burguesía quiere la intervención armada, pero el proletariado no lo permite. ¿Es el proletariado lo bastante fuerte para impedirlo? El hecho de que la burguesía francesa no haya lanzado hasta ahora sus divisiones contra nosotros, y no se decida a hacerlo, demuestra que teme al proletariado, que teme medir sus fuerzas con el proletariado en ese terreno. Pero esto no significa que la burguesía francesa renuncie a otras vías de intervención armada. Busca la línea de menor resistencia. Carece del apoyo de Gran Bretaña, por las razones que he mencionado. Gran Bretaña ha elegido otro camino. Francia intenta apoyarse en los países de la llamada Pequeña Entente y, en primer lugar, en nuestros vecinos Polonia y Rumanía. Y estas son las cuestiones más agudas de la actualidad: las cuestiones de nuestras relaciones con Rumanía y Polonia.

No tenemos ningún tratado de paz con Rumanía. Como sabéis, Rumanía era aliada del gobierno zarista. Durante la guerra mundial, el gobierno zarista mantuvo un frente común con Rumanía. Este frente común contra los alemanes y los austrohúngaros se mantuvo bajo Kerensky. Tras el derrocamiento de Kerensky, bajo el poder soviético, este frente común desapareció, se derrumbó (y Rumanía aprovechó que tenía ese frente común para arrebatarnos Besarabia).

La toma de Besarabia por la burguesía rumana se explicó en su momento por esa burguesía como una medida temporal dictada por la necesidad de proporcionar alimentos

² El III Congreso Mundial de la Internacional Comunista se celebró entre el 22 de junio y el 12 de julio de 1921. [Ver *Cuatro primeros Congresos de la Internacional Comunista. Tesis, manifiestos, resoluciones*, en nuestra serie *Tercera Internacional. Internacional Comunista. Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y otros materiales*.]

³ “II”, probablemente error por “III”.

a las tropas rumanas y rusas en Besarabia. En aquellos momentos, en 1918, los diplomáticos de Francia e Italia declararon que no se podía hablar de anexión de Besarabia a Rumanía, que se trataba de una medida temporal de ocupación militar. Una declaración en este sentido fue firmada por el ministro rumano Averescu, el actual primer ministro. Sin embargo, como sabéis, Rumania se apoderó de toda Besarabia y declaró que le pertenecía. No hemos declarado la guerra por este motivo porque, en general, como sabéis, no declaramos la guerra a la ligera, luchamos sólo cuando no nos queda otra salida. La anexión de Besarabia contra la voluntad de su población (no nos cabe duda de que no se preguntó a la población) es una injusticia monstruosa. Pero sabemos que hay muchas injusticias, no sólo en Besarabia sino en la propia Rumania, que hay opresión en todas partes del mundo capitalista, y, en la medida en que confiamos firmemente en que la revolución mundial cumplirá su tarea de liberación, nos hemos reconciliado con el hecho de que un pedazo más de tierra, a saber, Besarabia, seguirá bajo la opresión capitalista. Pero Rumania, intranquila por su territorio de Besarabia, temía incluso entablar negociaciones con nosotros. Y, para reforzar su frontera de Besarabia, Rumania recurrió a la ayuda de las bandas petliuristas, utilizándolas como fuerza militar auxiliar, de modo que ahora, junto con la cuestión de Besarabia, ha surgido la cuestión de garantizar la inviolabilidad de nuestra frontera suroccidental, ucraniana.

Con Polonia tenemos, como sabéis, un tratado de paz, que no conseguimos fácilmente, y que además fue ventajoso para Polonia. Aquellos de vosotros que hayan seguido la vida política durante los últimos tres o cuatro años sabéis que, día tras día, casi desde las primeras semanas de existencia del poder soviético, hicimos todo lo posible para establecer relaciones normales con Polonia, aunque se tratara de una Polonia terrateniente y burguesa. Recordaréis cómo nuestros diplomáticos propusieron, decenas de veces, al gobierno polaco que entablara conversaciones de paz, con vistas a garantizar la existencia pacífica de ambos países. Recordaréis cómo la burguesía polaca eludió sistemáticamente las negociaciones de paz, cómo Pilsudski y sus partidarios llevaron las cosas hasta el punto de una gran guerra, una guerra que causó grandes pérdidas a ambas partes, en vidas y bienes. Y como resultado de esa guerra concluimos un tratado de paz con Polonia, en Riga, un tratado muy favorable para Polonia, aunque no tan favorable como las condiciones que le habíamos ofrecido antes de la guerra. Consideramos que esta severa lección, severa para ambas partes, era suficiente para garantizarnos contra cualquier repetición de aquella experiencia. Considerábamos, y queremos considerar ahora, que esto es así y seguirá siéndolo.

Sin embargo, vuestro congreso coincide con un momento angustioso en las relaciones ruso-polacas. Ya hablé de ello ayer en la reunión del Sóviet de Moscú. El día anterior, nuestro Comisariado de Asuntos Exteriores había recibido una nota de Varsovia que suena como un ultimátum⁴. Un ultimátum es una exigencia que se rige por un límite de tiempo, una petición unilateral, es decir: “Exijo y ordeno que cumplas mi petición antes de una fecha determinada”. Esto presupone que el incumplimiento de la exigencia conllevará algún nuevo medio de presión más serio.

¿De dónde procede este ultimátum del gobierno polaco? Formalmente, surgió de las disputas que han estado teniendo lugar entre nuestros diplomáticos y los diplomáticos polacos durante un período muy largo. El tratado que firmamos con Polonia suponía el cese de la hostilidad manifiesta por ambas partes. El gobierno polaco es un gobierno de terratenientes y capitalistas. Nos odia y, por supuesto, nadie puede exigirnos que nos comportemos con amor hacia ese gobierno. Pero el tratado imponía obligaciones formales

⁴ A este respecto, véase el discurso pronunciado en el Sóviet de Moscú el 20 de septiembre de 1921. [[“Intervención en una sesión plenaria del Sóviet de Moscú de Diputados Obreros, Campesinos y Soldados del Ejército Rojo”](#), en esta misma serie de nuestras EIS.]

a ambas partes. Ayer hablé en el Sóviet de Moscú sobre cómo organizamos destacamentos y los enviamos a territorio polaco para destruir líneas de ferrocarril y volar almacenes, pero lo hicimos en un momento en que estábamos en un estado de hostilidades abiertas con Polonia. En cuanto conseguimos firmar un tratado de paz, dejamos de hacerlo. Teníamos un aparato para formar destacamentos guerrilleros de ese tipo. Lo disolvimos.

Había impacientes cuyo odio a la burguesía polaca les impulsaba a continuar esa lucha. Pero nosotros decíamos: “Camaradas: ¡disciplina y paciencia! Se ha concluido un tratado de paz, tal es la decisión de la clase obrera, sus intereses así lo exigen. Estamos obligados a someternos, no tenemos derecho a mostrar impaciencia, no tenemos derecho a romper ese tratado”. Eso es lo que dijimos. Nuestra decisión vino dictada, por supuesto, no por simpatía hacia Polonia (hay que descartar aquí los factores sentimentales, no puede tratarse de simpatías o antipatías), esta política fue dictada por un frío cálculo de estado.

Pero entre la burguesía polaca, desgarrada por diferentes grupos, no hay unidad. Entre ellos hay partidarios de la intervención a cualquier precio. Hay partidarios de las relaciones económicas con nosotros. Hay aventureros que ocupan puestos de responsabilidad. Y no es un secreto para nadie que el “Jefe del Estado Polaco”, el mariscal Pilsudski, siempre ha despreciado el tratado de paz, considerándolo un error y un crimen. Dividir a la Rusia soviética en partes separadas y mutuamente hostiles, crear una Bielorrusia burguesa separada, subordinada a Polonia, crear una Ucrania petliurista (en oposición a la Rusia soviética), bajo un protectorado polaco, ésa es la idea de esos chovinistas pequeñoburgueses, que lucharon contra el zarismo y trasladaron su odio al zarismo a la Rusia soviética. Crear una federación dirigida contra los “bárbaros” rusos, esa es la idea que les atenaza, día y noche.

La política de Francia coincide con esto. He mencionado que el chovinismo ha empezado a manifestarse con más fuerza en Francia y que los usureros franceses consideran que ha llegado el momento de intervenir. “Si bien no podemos lanzar nuestras propias tropas”, argumentan, “ha llegado el momento en que podemos lanzar las tropas de Polonia y Rumania”. El 3 de septiembre, el gobierno francés pide al gobierno polaco, es decir, a su vasallo, que nos presente un ultimátum. Nuestros diplomáticos han conseguido obtener ese documento, en el que Francia exigía un ataque a la Rusia soviética. Y antes de que la burguesía polaca, en la persona de Pilsudski, pudiera decidirse a dirigirnos un ultimátum, ya habíamos publicado una advertencia. El Comisariado del Pueblo para Asuntos Exteriores declaró al mundo entero: “Se prepara un nuevo crimen inaudito. Los especuladores bursátiles franceses exigen que los gobiernos de Polonia y Rumania presenten simultáneamente un ultimátum a la Rusia soviética, y con ello inicien una nueva guerra, un nuevo ataque contra Rusia.” Cuando se publicó la nota del camarada Chicherin, que desenmascaraba inesperadamente esta diabólica intriga, la prensa francesa afirmó que era una mentira, una calumnia, y la prensa británica dijo que no podía creer lo que veía, que era inverosímil, que debía verificarlo. Esa nota había sido enviada desde París el 3 de septiembre. Y el 18 de septiembre recibimos una nota de Polonia, firmada por el representante polaco aquí, quien, en nombre del gobierno polaco, nos presentó un ultimátum que expira el 1 de octubre, es decir, dentro de diez días.

¿Cuáles son las exigencias que nos plantea el gobierno polaco? No hay necesidad de enumerarlas, porque la esencia de la cuestión no se encuentra ahí. Lo esencial es que el gobierno polaco no cumple la condición básica del tratado de paz, es decir, el mantenimiento de relaciones pacíficas. Está enviando bandas contra nosotros, está dirigiendo a Savinkov y a otros aventureros, como Bulak-Balajovich⁵. En realidad, el

⁵ El origen de las actividades de los bandidos en la frontera del oeste de nuestra república se remonta al otoño de 1920, cuando los restos de la división de Bulak-Balajovich, al partir hacia territorio polaco, dejaron

estado mayor polaco está ayudando a estas bandas, armándolas y aprovisionándolas con todos los recursos que necesitan. Al mismo tiempo que todo el mundo burgués oficial habla de ayuda a la Rusia hambrienta, el estado mayor polaco, y, por tanto, también el gobierno polaco, al igual que el rumano, arma bandas con dinero francés, las envía contra nosotros, destruye trenes de alimentos y mata a los obreros que se dedican a recolectarlos. Y ahora se puede decir que toda la burguesía mundial, con toda su ayuda filantrópica, no ha suministrado ni la mitad de los alimentos que han sido destruidos por las bandas enviadas por la burguesía francesa a través de Polonia y Rumania. Naturalmente, nuestros diplomáticos han exigido que el gobierno polaco respete el Tratado de Riga y deje de enviar las bandas. En Varsovia dijeron (y en estos casos la diplomacia tiene la lengua pronta, sobre todo cuando se trata de mentiras) que no sabían nada de estas bandas. Hemos obtenido de las bandas docenas de documentos y cartas de oficiales del estado mayor polaco y de la organización de los guardias blancos de Savinkov, respuestas a estas cartas, cuentas financieras, solicitudes y credenciales para bandas concretas, facilitadas tanto por la organización de los guardias blancos de Savinkov como por los polacos. Estos documentos son indiscutibles, irrefutables, pueden ser mostrados a cualquier persona alfabetizada y reconocerá que se trata de la más cruda violación de los fundamentos del tratado de paz de Riga. Cuando establecimos este hecho, declaramos: “Estamos obligados, en virtud del tratado, a devolverles ciertas propiedades y a efectuar ciertos pagos; eso es totalmente correcto. Estamos dispuestos a hacerlo cualquier día, en cualquier momento. Aquí está la propiedad, aquí está el dinero que tenemos que pagaros; pero tenemos que hacer estos pagos de acuerdo con el tratado, y no como bonificación por las incursiones de los bandidos. No nos han dado garantías de que cesarán las incursiones. Que una comisión mixta examine todos estos documentos y nos dé garantías de que no habrá más incursiones de bandidos en nuestro país”. Ese fue el plano en el que se desarrollaron las negociaciones. Declaramos que un tratado es un documento de dos caras que impone obligaciones a ambas partes. Pero el gobierno polaco, dejando de lado la cuestión de los bandidos, exigió que pagásemos el dinero y entregásemos las pertinentes propiedades.

Y justo en ese momento el ultimátum francés aterrizó en la cabeza del gobierno polaco (pues era esencialmente un ultimátum, ya que el gobierno francés anunció a la burguesía polaca: “Vuestro país está arruinado, estáis amenazados con el colapso total, vuestras finanzas han llegado al borde de la bancarrota: sólo la ayuda financiera de Francia puede salvaros, pero Francia no os concederá esa ayuda financiera a menos que ayudéis a estrangular a la Rusia soviética”). Al mismo tiempo se envió una nota similar a Bucarest y a Rumanía.

Este es el cuadro que ofrece nuestra situación internacional. La prensa de todo el mundo escribe: “Ante una catástrofe natural tan terrible como la que vemos en el Volga, ningún corazón puede permanecer impasible. El gobierno bolchevique es un gobierno criminal, el partido comunista es un partido criminal, pero el amor a los hambrientos exige

atrás algunas bandas y numerosos organizadores con el fin de preparar el terreno para un levantamiento general en Bielorrusia. Durante el invierno de 1920 se produjeron hasta cuarenta pogromos, 21 de ellos en el uyezd de Mózyr, donde operaba la división de Bulak-Balajovich. La actividad de las organizaciones blancas aumentó notablemente durante la primavera y el verano de 1921. El centro político y militar de los bandidos se encontraba en Varsovia (el Comité Central de la Liga para la Defensa de la Patria y la Libertad) y estaba dirigido por B. Savinkov. El reclutamiento y el suministro de armas se realizaban abiertamente con la participación más estrecha del estado mayor polaco. En julio de 1921, tras una cuidadosa preparación, se inició en Bielorrusia una enérgica actividad destinada a liquidar a estas bandas. Ya el 20 de septiembre de 1921, las cuarenta bandas, con una fuerza total de 3.000 hombres, habían sido reducidas a sólo 14 bandas compuestas por 275 hombres. Los intentos de Savinkov y Bulak-Balajovich, con la ayuda del estado mayor polaco, de provocar una revuelta del campesinado bielorruso contra el poder soviético acabaron en fracaso.

ayuda activa”. En Francia se ha formado un comité internacional para ayudar a las víctimas del hambre, cuyo presidente es Noulens, el banquero jefe de Savinkov, que fue su banquero cuando Savinkov organizó la revuelta de Yaroslavl, que le dio a Savinkov sus piezas de plata y que ahora es el intermediario entre la bolsa y todos los matones contrarrevolucionarios. Este mismo Noulens está a la cabeza del comité internacional de ayuda a la Rusia hambrienta.

¿Cómo empieza? Exigiendo que se le permita enviar a Rusia una serie de comisiones de investigación. Tiene que enviar varias docenas, varios cientos de personas, cuya tarea será determinar si la ayuda es o no necesaria, y en qué forma. Noulens, o su socio, el ministro de asuntos exteriores, dirige al mismo tiempo, ultrasecretamente, por supuesto, un ultimátum a los gobiernos polaco y rumano: “Ahora, cuando allá están siendo consumidos por el hambre, ahora es el momento adecuado para atacar a la Rusia y a la Ucrania soviéticas”. Aquí, camaradas, vemos revelada toda la naturaleza de la burguesía, de la diplomacia burguesa, toda su moralidad. Difícilmente ha habido un caso en la historia en que la bajeza, la codicia y la perfidia de la burguesía hayan encontrado expresión en una forma tan concentrada y repugnante.

En Varsovia reciben esta nota y dudan, saben lo que significa un ultimátum, saben que un ultimátum suele ir seguido de operaciones militares. En Varsovia dudan, y comienza una lucha entre partidos en el Sejm.

El ministerio de Witos, un ministerio del Partido Agrario pequeñoburgués, no está dispuesto a someterse al ultimátum francés, teme iniciar una nueva guerra, previendo que su resultado será la caída del régimen burgués en Polonia. Witos y su gobierno dimiten. Pero ningún partido del Sejm polaco es capaz de formar un nuevo gobierno. No se realiza ninguna coalición. Continúa la lucha parlamentaria, con disputas e intrigas. Esta situación es aprovechada por Pilsudski, el Presidente-Mariscal, el “Jefe del Estado Polaco”, y forma su ministerio de burócratas-funcionarios⁶. No recuerdo el nombre del nuevo primer ministro. Es un instrumento obediente en manos de Pilsudski. Este nuevo gobierno de funcionarios, que lleva a cabo la voluntad de Pilsudski, que a su vez lleva a cabo la voluntad de la bolsa francesa, ha enviado a nuestro gobierno un ultimátum: “Para el 1 de octubre debéis hacer sin falta lo que exigimos. Si para el 1 de octubre no habéis cumplido nuestras exigencias, amenazamos con romper las relaciones diplomáticas. El representante polaco que se encuentra en Moscú se marchará y, en consecuencia, vuestro representante soviético también tendrá que abandonar Varsovia”.

La ruptura de relaciones diplomáticas aún no significa la guerra, pero en el curso de la historia a menudo ha precedido a la guerra. Cuando dos países, aunque no se pelean, han roto todo contacto entre sí, es obvio que esto predetermina el peligro de guerra. Hoy, cuando tenemos aquí a un representante del gobierno polaco, y en Varsovia hay un representante del poder soviético, nos es posible trabajar, explicar, interpretar. Tan pronto como los representantes hayan regresado a sus países y haya cesado la comunicación entre ellos, los elementos que quieren la guerra se ponen a trabajar con duplicada fuerza. El mero hecho de que los representantes diplomáticos hayan sido llamados es esencialmente un paso en la dirección de una acción militar abierta. En este momento nos enfrentamos a una situación así.

¿Y Rumanía? Rumanía acaba de iniciar las negociaciones de paz, o al menos ha empezado a prepararse para negociar la paz con nosotros. Hoy, o ayer, debía llegar a Varsovia un plenipotenciario rumano, para reunirse con nuestro representante y acordar con él los asuntos que deberían abarcar las negociaciones de paz. La situación es extremadamente crítica. Y sería cobarde o miope cerrar los ojos ante este hecho. Si

⁶ El gobierno de Witos dimitió el 12 de septiembre de 1921 y fue sucedido por un gabinete presidido por Ponikowski.

tuviéramos que discutir la cuestión de cómo responder a la nota del gobierno polaco, tendríamos que decir lo siguiente: Queremos la paz, a cualquier precio. Ese es nuestro deseo fundamental. Es posible que tengamos que hacer concesiones a Rumanía para mantener la paz. En cuanto a Polonia, estamos dispuestos ahora, como antes, a hacer grandes concesiones para asegurar la paz ya conseguida. Pero sólo podemos hacer aquellas concesiones que realmente puedan asegurar la paz y que, por el contrario, no desaten el vigor agresivo de la otra parte.

Sé que el gobierno polaco actúa actualmente bajo la presión del ultimátum de Francia. Para el gobierno francés es indiferente que Polonia reciba hoy determinadas locomotoras y sumas de dinero, o dentro de cuatro o dos meses. La cuestión de estas locomotoras, la cuestión de la repatriación, es decir, el regreso a Polonia, de ciertos grupos de polacos, todas estas son cuestiones que carecen absolutamente de interés para la bolsa francesa. ¿Qué necesita? Lo que necesita es enfrentar a Polonia con nosotros. ¿Lo ha conseguido? En parte, sí. Ha creado un gobierno que nos ha presentado el ultimátum que necesitaba. Supongamos que cometemos el error de asustarnos ante este ultimátum. Si cumpliéramos las exigencias del ultimátum, ¿nos dejaría Polonia en paz? Si pudiéramos rescatarnos nosotros mismos de la burguesía no con la sangre de los obreros y campesinos rusos, sino al precio de concesiones reales y serias, estaríamos dispuestos a hacerlo. Pero, ¿es este el caso? ¿Nos plantea la burguesía polaca algún tipo de exigencias vitales? El gobierno polaco no es más que el cartero de la bolsa francesa y nos presenta un ultimátum provocador con el fin de obtener un pretexto para un ataque armado contra nosotros. Si cometiéramos un error y dijéramos que nos sometemos a este ultimátum, ¿qué significaría eso? Que la burguesía francesa le diría inmediatamente a Polonia: “Mirad, en nuestra nota os pronosticamos que la república soviética se está derrumbando, y que aceptará cualquier ultimátum, se someterá a cualquier exigencia categórica y firme”.

¡Pero no es así, camaradas! A pesar de los golpes muy duros del destino, a pesar del golpe más temible de todos, la hambruna en la región del Volga, no somos ciertamente más débiles hoy de lo que éramos en el momento en que nos vimos obligados a iniciar una gran guerra contra Polonia. Ahora no somos más débiles, sino más fuertes. Somos más fuertes, en primer lugar, porque tenemos más experiencia y, en segundo lugar, porque, a pesar de nuestras difíciles condiciones, sabemos calcular mejor lo que tenemos. Somos más fuertes porque nuestro ejército ha adquirido más competencias y ha hecho surgir comandantes de lo más profundo de la sociedad, de los obreros y los campesinos. En cuanto empezaron a aparecer nubarrones sospechosos en el frente del oeste, nos hicimos la siguiente pregunta: “¿Y si los diabólicos planes de Francia se hicieran realidad y fuéramos objeto de otro ataque depredador?”.

Sabéis que estamos desmovilizando el ejército, que ya lo hemos reducido a un tercio del tamaño que había alcanzado en los momentos de máximo esfuerzo de nuestras fuerzas armadas. Pero, al mismo tiempo que desmovilizábamos a millones (y desmovilizamos a millones, lo que demostraba que estábamos seriamente dispuestos a mantener relaciones pacíficas), conservábamos los cuadros de todas nuestras divisiones, cuadros que habían sido templados, habiendo pasado por una escuela muy seria. Si nos obligaran a hacerlo, podríamos movilizar de nuevo a millones, y éstos volverían a las divisiones bajo cuyas banderas lucharon. Hoy, gracias al trabajo de nuestros cursos de mando (y, sobre todo, gracias a la dura experiencia de tres años de lucha), somos más fuertes que nunca en el sentido militar. Por último, camaradas, disponemos de una poderosísima palanca de lucha: nuestro partido y vosotros, vástagos espirituales de nuestro partido.

Si la tormenta se cerniera sobre nuestras cabezas, el comité central, por supuesto, convocaría al partido a esos esfuerzos y sacrificios, a ese heroísmo, al que ya nos ha convocado más de una vez, sin encontrar nunca una negativa.

Os planteo la peor perspectiva, la de la posibilidad de una nueva guerra. Pero, al mismo tiempo, camaradas, no creo en esta perspectiva.

Rumanía no se atreverá a jugarse su propia existencia, Rumanía, que duplicó sus posesiones durante la guerra, que las duplicó, pero que aún no ha conseguido soldarlas en un todo unido. Si volviera a plantear la cuestión a punta de espada, sin duda estallaría enseguida la rebelión en Besarabia y en Transilvania. Rumania lo sabe. Todo tiende a demostrar que debe negarse a cumplir el ultimátum francés.

En Polonia, sin duda, Pilsudski es ahora el amo de la situación, y el gobierno está en sus manos. Pilsudski está al servicio de Francia. Pero Pilsudski no está solo en el escenario polaco. He mencionado varios grupos dentro de la burguesía que luchan contra él. Pero, además de ellos, también están la clase obrera polaca y el campesinado polaco. Si Pilsudski decidiera, si se atreviera a llevar las cosas hasta el punto de una nueva guerra, tendría que apelar al obrero y al campesino polacos. El marco polaco ha caído a un valor muy bajo. Polonia se ve sacudida por las huelgas de los obreros que quieren mejorar sus condiciones. La política polaca hace que la mitad del presupuesto del país sea absorbido por los gastos del ejército. Todos estos son poderosos factores que hablan a favor de la paz. No perderemos ni un momento la calma y la *sangfroid*. Apelaremos una y otra vez a los círculos dirigentes de Polonia y también al pueblo trabajador polaco, explicando toda la situación tal como es: “Quieren que cumplamos los términos del tratado de paz. Y nosotros queremos hacerlo. Reunámonos y démonos garantías mutuas. Que cese la campaña de los guardias blancos, y nosotros pagaremos las indemnizaciones y cumpliremos todas las demás exigencias. Nos negamos a someternos al ultimátum dictado por Francia, porque no se trata de una exigencia real, derivada del tratado entre nosotros, sino de una “provocación malintencionada”. Si nos sometiéramos a esta provocación, si dijéramos que en este caso haremos una concesión, eso significaría que no hacemos más que adormecer la vigilancia del pueblo polaco, que le ocultamos involuntariamente el hecho de que la cuestión es extremadamente crítica. Esto no redundaría en interés del pueblo polaco. Debemos decir, francamente, que este ultimátum es una provocación dictada por Francia y que, por lo tanto, no podemos darle otra respuesta que un enérgico “no”. Y ese “No” es al mismo tiempo un llamamiento a las masas trabajadoras de Polonia. Es una advertencia fraternal al pueblo trabajador polaco. Nosotros decimos que aquí, bajo esta mascarada de negociaciones diplomáticas, votaciones y ultimátums, lo que se está decidiendo es la cuestión de si la sangre de los trabajadores polacos y rusos va a volver a correr por el Berezina y otros ríos. Planteando la cuestión de esta manera explicaremos todas sus implicaciones ante las masas trabajadoras de Rusia, Polonia y el mundo entero. Y así lo haremos.

En estos diez días que nos quedan, debemos dar a conocer y aclarar esta cuestión a los obreros y campesinos rusos y a los trabajadores de todo el mundo. Así lo haremos. Al mismo tiempo, nos decimos a nosotros mismos que nueve décimas partes, quizá noventa y nueve centésimas partes de las pruebas tienden a demostrar que actuando de este modo evitaremos no sólo la guerra, sino incluso la ruptura de las relaciones diplomáticas. Por la presión de la opinión pública, por la fuerza de la voluntad del pueblo trabajador polaco, obligaremos a la burguesía polaca a retirar su ultimátum y a negociar con nosotros nuestras relaciones mutuas, a negociar, porque ahora no hay cuestiones que no sean negociables.

Nueve décimas o noventa y nueve centésimas partes de las pruebas hablan a favor de que evitemos nuevos sufrimientos. Pero, camaradas, aún queda una décima parte, una

centésima parte, que constituye el peligro de un nuevo conflicto armado. Nos decimos a nosotros mismos que, mientras trabajamos para que el cien por cien de las pruebas sean favorables a la paz, debemos prepararnos al mismo tiempo para hacer frente a una situación en la que una centésima puede convertirse en una terrible realidad. El peligro de guerra no está excluido, no es muy probable, pero no está excluido. No debemos olvidarlo.

Si resultara que la burguesía francesa, respaldada por los elementos más contrarrevolucionarios y depredadores de la burguesía mundial, lograsen por última vez lanzar a los estados vecinos contra nosotros, entonces deberíamos cumplir con nuestro deber hasta el final. La clase obrera del mundo entero sigue con ansiedad y tensión el desarrollo del conflicto ruso-polaco. Nosotros le decimos: “¡Vigilancia, amplitud de miras y frialdad! Ni un solo movimiento, ni un solo gesto, ni una sola palabra veréis u oiréis, procedente de nuestra parte, que pueda exacerbar las relaciones, que pueda reducir las posibilidades de un desenlace pacífico, que pueda facilitar la tarea de los provocadores contrarrevolucionarios. Todas las fuerzas, toda la atención se dedicarán al establecimiento de la paz, al restablecimiento de las relaciones normales. Y, al mismo tiempo, a nuestros hermanos de Polonia, Rumania y Francia: que sepáis que, a pesar de toda nuestra frialdad, seguimos plenamente dispuestos a defender la inviolabilidad de la república soviética, que sigue siendo la única ciudadela del proletariado. Estamos dispuestos a defenderla con todas nuestras fuerzas y con la sangre de nuestros corazones”.

La burguesía francesa pensaba que la hambruna había asestado un duro golpe a los cimientos de nuestra economía, que nos había debilitado de forma mortal, privándonos de voluntad y energía. A la burguesía francesa le parecía que bastaba un pequeño empujón para hacernos colapsar. Intentaron lanzar contra nosotros a las bandas de Petliura, en los frentes ucraniano y rumano, e hicieron lo mismo con las bandas de Savinkov en el frente polaco. Intentaron poner sus tentáculos sobre nosotros en forma de comité de ayuda filantrópica. Trataron de convertir ese miserable y escrofuloso Comité de Personajes Públicos en una especie de gobierno burgués, rodeándolo de apoyo, extendiendo líneas de comunicación desde él a la burguesía internacional, a la bolsa europea. Por último, entre el sector más hostil de la burguesía, difundieron rumores de que Moscú estaba siendo asediada por cientos de miles de campesinos hambrientos procedentes del Volga, de que nos defendíamos en Moscú mediante gases asfixiantes y nombrando a un general para que comandara las tropas contra las víctimas del hambre que avanzaban sobre Moscú. Una monstruosa y salvaje invención destinada a embaucar a las masas, para mostrarles lo fácil que sería marchar sobre Moscú, y, al mismo tiempo, un medio de presión sobre Rumania y Polonia. “Allí, en Moscú, reina la postración total, bastará un empujón y caerán”. Eso no es cierto. ¡Camaradas, no, ni vosotros ni yo caeremos!

Hay representantes aquí de las regiones hambrientas del Volga. Vosotros sabéis mejor que yo lo difíciles que son las cosas para nosotros. En el sentido literal de la palabra, la gente está muriendo, y miles y decenas de miles de seres humanos más morirán este invierno. Pero, ¿qué significa esto? ¿Cuál es el origen de esta calamidad? Es el resultado de nuestra debilidad económica, de nuestra insuficiente cultura, de nuestra falta de experiencia. Los trabajadores son incapaces de luchar contra la naturaleza. La naturaleza les vence. La gente muere a millares. ¿Pero puede esto romper al régimen soviético? El régimen soviético expresa todo el esfuerzo organizado de todo el pueblo. ¿Qué es el régimen soviético? Es la organización de la autoayuda de los hambrientos. Es la organización de la industria, la organización de la agricultura mediante el aumento de la conciencia y la capacidad de organización de los campesinos. Es la autodefensa armada y organizada de los obreros y campesinos cuando son atacados.

En los países burgueses los gobiernos están en peligro. ¿Por qué? Allí existe el antagonismo, hay guerra a muerte entre los sin propiedad y la burguesía. Aquí, ese conflicto no existe. Aquí nos esforzamos en ayudarnos, aquí nos esforzamos en defendernos. Podemos cometer errores, podemos tropezar. Nos levantaremos de nuevo. Aprenderemos de nuestros errores. En las pruebas y las desgracias nos templaremos. Decimos: “Vosotros que esperáis derrocaros a causa de la hambruna, ya veis hoy, y veréis mañana, que hemos superado el terrible desastre de la hambruna, y somos más firmes por ello, más seguros, más implacables. Si descargaréis los nuevos desastres de la guerra sobre esta tierra hambrienta que quiere la paz, que está construyendo paso a paso una estructura de bienestar económico, entonces esos mismos hambrientos que, según falsos informes, están avanzando sobre Moscú, se unirán a los medio hambrientos (porque somos, por desgracia, un país de hambrientos y medio hambrientos) y dirán: “Sí, aquí tenemos gente hambrienta y medio muerta de hambre, pero queremos crear en nuestra tierra una sociedad del trabajo, y no permitiremos que nadie interfiera por la fuerza en la realización de nuestro destino.”

Y si el poder soviético tuviera que decir a los obreros y campesinos, incluso a los que están descontentos y refunfuñan: “¡Camaradas obreros, camaradas campesinos, nos amenazan!”, todos responderían, como un solo hombre: “¡Estamos listos!”.

¡Liga de las Juventudes Comunistas de Rusia! Si fuera necesario (¡que no tengamos que volver a beber de este cáliz!), si fuera necesario apelar de nuevo a vosotros y decir: “¡La república soviética está de nuevo en peligro!”, diréis, todos a una: “¡Presentes!”.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es